

EXILIO EN AMÉRICA LATINA (PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX)

Sergio Guerra Vilaboy

Resumen

Este es un panorama que se aproxima a la historia de los exilios en América Latina durante la primera mitad del siglo XX. Revoluciones, gobiernos autoritarios y golpes de Estado fueron los escenarios que generaron el exilio de muchos latinoamericanos hacia países que les brindaron cobijo en distintos momentos. Fueron perseguidos políticos de distintas ideologías y orígenes. En este recorrido encontramos la experiencia de escritores, intelectuales, líderes obreros, políticos y presidentes.

Palabras clave

Historia, exilio, América Latina, siglo XX.

Buscamos la solidaridad no como un fin sino como un medio encaminado a lograr que nuestra América cumpla su misión.

JOSÉ MARTÍ, *Revista Ilustrada de Nueva York*, 1891.

La historia del exilio latinoamericano comenzó en la segunda mitad del siglo XVIII, con la expulsión de los jesuitas de los territorios de España y Portugal, muchos de ellos criollos. Ese primer exilio en Europa tuvo en el sacerdote veracruzano Francisco Xavier Clavijero a su mejor exponente, quien editó en Bolonia la *Historia antigua de México* (1780-1781),¹ que revalorizó a los pueblos indígenas, tomó partido contra los conquistadores y contribuyó a cimentar la emer-

¹ Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1945. También véase una valoración general sobre el tema del exilio en Eugenia Meyer, "Refugio a la democracia: hacia el discurso histórico de los exilios en México", en *Sólo historia. El exilio*, núm. 12, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), México, abril de 2001, pp. 7-21.

gente identidad americana, así como el imaginario de la lucha por la independencia.

El exilio también fue determinante en la generación que realizó la emancipación. El propio precursor, Francisco de Miranda, concibió en Londres sus planes para la liberación hispanoamericana, y Simón Bolívar radicalizó su pensamiento revolucionario durante su estancia en Haití hace ahora justamente doscientos años.²

Constituidas las nuevas repúblicas, la condición de exiliado no desapareció, aunque dejó de ser causada por la oposición al régimen colonial, sino por contiendas fratricidas, la anarquía política y los golpes de Estado. También debido a la despiadada represión desatada por regímenes autoritarios —basta recordar a Rosas en el Río de la Plata y a Santa Anna en México— o como consecuencia directa de las revoluciones liberales de la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido, constituye una excepción el exilio de los independentistas puertorriqueños, como Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, o al que se vieron obligados cientos de patriotas cubanos durante los treinta años de lucha contra España (1868-1898), encabezados por figuras emblemáticas de nuestra historia, como Antonio Maceo, Máximo Gómez y José Martí.

Al exilio decimonónico correspondió dar continuidad al sueño bolivariano de integración continental: el propio nombre de América Latina fue adoptado en París, a mediados del siglo XIX, por el neogranadino José María Torres Caicedo y el chileno Francisco Bilbao.³ Ese legado de unidad de Nuestra América alcanzó su más alta expresión en la obra y el pensamiento de José Martí cuando se encontraba desterrado por las autoridades españolas.

A las causas ya anotadas del exilio latinoamericano, se sumaron desde principios del siglo XX otras nuevas. Me refiero a las ocupaciones militares norteamericanas en México, Centroamérica y el Caribe, junto al surgimiento de dictaduras patrocinadas por Estados Unidos. Además, tuvo que ver con el despertar de movimientos revolucionarios

² Véase Sergio Guerra Vilaboy, *Jugar con fuego. Guerra social y utopía en la independencia de América Latina*, La Habana, Casa de las Américas, 2010, pp. 35-39 y 178-183. También el sacerdote cubano Félix Varela, en su exilio en Estados Unidos, dio a conocer en el periódico *El Habanero* su ideario independentista. Félix Varela, *Obras. El que nos enseñó primero en pensar*, dos tomos, La Habana, Editorial Imagen Contemporánea, 1977.

³ Miguel Rojas Mix, *Los cien nombres de América. Eso que descubrió Colón*, Barcelona, Editorial Lumen, 1991, p. 344.

rios y antiimperialistas, unido al creciente desarrollo de la conciencia nacional.⁴

Las revoluciones populares que estremecieron la región tuvieron mucho que ver también con el exilio, desde que la mexicana abrió el siglo XX, arrojando fuera de su territorio a miembros de las diferentes facciones en pugna. Los primeros expatriados de la Revolución de 1910 terminaron en Europa, como el propio exdictador Porfirio Díaz,⁵ así como los conocidos intelectuales Justo Sierra y Carlos Pereyra.⁶

EXILIADOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN CUBA

El asesinato del presidente Francisco I. Madero, colofón de la *Decena Trágica*, condujo a La Habana a decenas de maderistas.⁷ El 1 de marzo de 1913, del crucero *Cuba*, desembarcó casi toda la familia del ex-presidente Madero, incluidos su viuda, padres y hermanas. Tres días después, el periódico habanero *El Mundo*, en el artículo “El éxodo de los mexicanos”, invitaba a la conferencia de los periodistas recién llegados, Solón Argüello y Matías Oviedo, ofreciendo noticias sobre el arribo de otros connotados maderistas: Elías Ramírez, secretario particular del asesinado mandatario, y su hermano Julio Ramírez; Rafael J. Hernández, exsecretario de Gobernación; y Luis Meza Gutiérrez, exdirector de Instrucción Pública.⁸

Con posterioridad, también pasaron por la capital cubana el filósofo José Vasconcelos y el escritor Martín Luis Guzmán, así como muchos partidarios de Venustiano Carranza, que utilizaban la ruta cubana para alcanzar la sede de su gobierno al norte de México.

⁴ Ése fue el caso, por ejemplo, del líder obrero chileno Luis Emilio Recabarren, obligado en 1908 a buscar refugio en Argentina. Véase Sergio Guerra Vilaboy, *Historia mínima de América Latina*, México, UNAM, 2015, p. 323 y ss.

⁵ El barco *Ipiranga* en que viajaba el exdictador rumbo a Francia, hizo escala en La Habana. Consúltese Carlos Tello, *El exilio, retrato de una familia*, México, Cal y Arena, 1990.

⁶ Otro intelectual del círculo porfirista exiliado en Europa, aunque tras la caída de Victoriano Huerta en 1914, fue Alfonso Reyes. Permaneció en esa condición hasta 1920, cuando aceptó un cargo diplomático del gobierno de México.

⁷ Según Salvador Morales, ya en 1912 había en Cuba medio centenar de exiliados mexicanos de distintas tendencias políticas. Véase su libro *Relaciones interferidas. México y el Caribe, 1813-1982*, México, SRE, 2002, p. 237.

⁸ Luis Ángel Argüelles Espinosa, “Cuba y la Revolución mexicana de 1910”, en *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, t. I, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1982, pp. 425 y 426.

Eso explica que constitucionalistas mexicanos fundaran en La Habana, en abril de 1913, una Junta Revolucionaria, que encabezaría Juan Zubarán Capmany, hermano del secretario de Gobernación de Carranza.⁹

A la caída de la sangrienta dictadura del general Victoriano Huerta (julio de 1914), el nuevo gobernante cubano, Mario García Menocal, brindó asilo a los comprometidos con el régimen depuesto. Entre los encumbrados huertistas llegados a Cuba figuraban el poeta Salvador Díaz Mirón, exdirector de *El Imparcial*, y el diplomático Federico Gamboa,¹⁰ quien en 1918 presidiría el aristocrático Casino Mexicano, creado en La Habana por cerca de un centenar de exiliados, entre ellos el ingeniero Francisco Bulnes, Antonio de la Peña, antiguo secretario de la Presidencia mexicana, y Francisco M. de Olaguíbel, exsubsecretario de Relaciones Exteriores.

Otros connotados huertistas refugiados aquí fueron: José María Lozano, secretario de Estado de Huerta; el escritor Luis G. Urbina; el compositor Manuel M. Ponce; el médico y periodista Luis Lara Pardo; así como el exministro general Carlos Rincón Gallardo. Varios de ellos fundaron en La Habana la revista *América Española*, dirigida por el michoacano Francisco Elguero Iturbide, devenido columnista del *Diario de la Marina*, en el que también colaboraba el abogado chiapaneco Querido Moheno, exsecretario de Estado.

Entre los prominentes asilados de la dictadura derrocada estaban también los generales Manuel Mondragón, artífice del levantamiento militar contra Madero, y su aliado el sanguinario Aureliano Blanquet. Este último organizó una expedición de militares porfiristas y huertistas, financiada por ricos exiliados, que en 1918 salió del puerto de Bahía Honda, aventura que le costó la vida.

La mayoría de los que huían de la Revolución mexicana eran destacados miembros de la política, el Ejército, la intelectualidad o el clero, como el arzobispo de México José Morra, también radicado en La Habana; o el antiguo gobernador de Veracruz Teodoro Dehesa. Algunos

⁹ Índra Labardini Fragoso, "El régimen de Venustiano Carranza. Una manera de ejercer la política mexicana: el caso de Cuba (1913-1920)", ponencia presentada al *Taller Internacional "Revoluciones e independencia en la historia de América Latina y el Caribe"*, Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), La Habana, 9-12 de diciembre de 2008, p. 2.

¹⁰ Consúltese Federico Gamboa, *Mi diario, VI (1912-1919)*, México, Memorias Mexicanas/Conaculta, 1995.

procedían de Yucatán, como el diplomático Antonio Mediz Bolio y el exgobernante de esa península, coronel Abel Ortiz Argumedo, quien también llegó a la Isla, con toda su inmensa fortuna, en el crucero *Cuba*, en mayo de 1915.¹¹

En la misma embarcación cubana arribaron a la Isla decenas de yucatecos acaudalados, como los principales propietarios del henequén, Avelino Montes y Olegario Molina Solís, los exgobernadores de ese estado, general Prisciliano Cortés y Eleuterio Ávila, y el propio arzobispo de Mérida, Martín Tritschler, seguido del obispo Carlos de Jesús Mejía, y medio centenar de sacerdotes y monjas.¹²

Más adelante llegaron a Cuba exiliados de las fuerzas revolucionarias enfrentadas a partir de la Convención de Aguascalientes. Esos fueron los casos, por ejemplo, del líder obrero socialista y exgobernador de Yucatán, Carlos Castro Morales, del zapatista Jenaro Amezcua —que divulgó en la Isla el ideario del Plan de Ayala—,¹³ de partidarios y familiares de Pancho Villa, entre ellos su hermano Hipólito, Agustín Patrón Correa, una de sus esposas, Luz Corral con un hijo, así como Adolfo de la Huerta y el general Juan Barragán, entre otros muchos.¹⁴

EL EXILIO LATINOAMERICANO A INICIOS DEL SIGLO XX

Cuba y México —sobre todo después de terminada la llamada fase armada de la Revolución de 1910—, se fueron convirtiendo en lugares de refugio de muchos exiliados de la región, escapados de la ocupación norteamericana de sus respectivos países y de crueles dictaduras. Las intervenciones militares de Estados Unidos empujaron al destierro a

¹¹ Victoria Novelo, *Yucatecos en Cuba: etnografía de una migración*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/Instituto de Cultura de Yucatán, 2009, p. 80 y ss.

¹² Sobre su vida en Cuba, véase Marisa Pérez de Sarmiento, “El exilio de Martín Tritschler y Córdova, arzobispo de Yucatán, en La Habana, Cuba”, en Enrique Camacho y Margarita Espinosa (coords.), *México y Cuba: del porfiriato a la revolución. Diplomáticos, diplomacia e historia política (1900-1920)*, México, UNAM, 2008. Tritschler llegó a La Habana en el verano de 1914, procedente de Progreso, en el vapor *Esperanza*, acompañado de varios religiosos.

¹³ Citado por Dulce María Rebolledo y Francisco Pineda, “Rebeldías sin fronteras: el zapatismo y Cuba, 1916-1920”, en *Chacmool, Cuadernos de Trabajo Cubano-mexicanos*, núm. IV, México, Editorial Imagen Contemporánea, 2006, p. 25.

¹⁴ En Sergio Guerra Vilaboy, “Repercusiones de la Revolución mexicana en Cuba”, en Patricia Galeana (coord.), *Impacto de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores/Senado de la República/UNAM-CIALC, 2010.

muchos opositores, como los llegados a Santiago de Cuba después de la destitución por los marines del presidente dominicano Francisco Henríquez y Carvajal, entre ellos el propio mandatario y sus hijos Pedro, Max y Camila Henríquez Ureña, todos de brillante trayectoria intelectual.¹⁵ También el escritor haitiano Jacques Roumain, autor de *Analyse schématique 32-34*, tuvo que salir de su país debido a su postura crítica frente a la ocupación de Estados Unidos, extendida hasta 1934.¹⁶

Las dictaduras de Juan Vicente Gómez en Venezuela, iniciada en 1908, y la de Manuel Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1920), nutrieron a Cuba, a México y a algunos otros países con sus exiliados, obligados por la terrible disyuntiva sintetizada en un juego de palabras originado, al parecer, en Honduras durante el régimen opresivo del *Tigre de Zambrano*, Tiburcio Carías Andino (1933-1949): el encierro, el entierro o el destierro.¹⁷ Para escapar a las dos primeras alternativas, el novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias tuvo que vivir gran parte de su vida alejado de la tierra del quetzal.

Lo mismo tuvo que hacer el líder comunista hondureño Juan Pablo Wainwright, forzado a huir de su país por su labor en las grandes huelgas bananeras de los años veinte. Tras colaborar en la insurrección campesina salvadoreña de 1932, ahogada en sangre por otro dictador, *el Brujo* Hernández Martínez (1935-1944) fue apresado en Guatemala y ejecutado a principios de 1933 por orden del general Jorge Ubico.¹⁸

No fue diferente el destino del salvadoreño Agustín Farabundo Martí, tras un largo peregrinar fuera de su patria. Mejor suerte corrieron los cientos de venezolanos, haitianos, dominicanos, centroamericanos e independentistas puertorriqueños, compelidos a refugiarse en diferentes países, como el líder sindical colombiano Ignacio Torres

¹⁵ Véase Max Henríquez Ureña, "Los yanquis en Santo Domingo", en *Obras y apuntes de Max Henríquez Ureña*, t. VII, Santo Domingo, Presidencia de la República, 2009.

¹⁶ Roumain murió exiliado en México en 1944. Véase su biografía en Sergio Guerra Vilaboy y Germán Rodas Chaves (eds.), *Forjadores del pensamiento crítico latinoamericano*, Quito, Ediciones La Tierra, 2001, pp. 227-229. También puede consultarse *Panorama histórico-literario de Nuestra América. 1900-1970*, t. I, La Habana, Casa de las Américas, 1982, p. 460.

¹⁷ Según José Luis Balcárcel, el autor de la frase fue el exiliado guatemalteco Alfonso Orantes, y aludía a la dictadura de Estrada Cabrera. Véase José Luis Balcárcel Ordóñez, "El exilio democrático guatemalteco en México", en Carlos Véjar Pérez-Rubio (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM, 2010, p. 89.

¹⁸ Véanse más detalles en Graciela A García, *Páginas de lucha revolucionaria en Centroamérica*, México, Ediciones Linterna, 1971. Muchos de los exiliados por el régimen de Ubico se refugiaron en México, entre ellos el militar Miguel García Granados y el estudiante Ernesto Capuano.

Giraldo, sobreviviente de la masacre de los trabajadores bananeros de la United Fruit Company, en Santa Marta (1928).¹⁹

Aunque Cuba fue uno de los sitios de amparo de los exiliados, favorecidos por la relativa estabilidad política y el *boom* azucarero, su papel se trastocó a fines de los años veinte con la dictadura de Gerardo Machado.²⁰ Desde entonces, muchos revolucionarios cubanos —también latinoamericanos— tuvieron que salir del país, proceso que continuó con los perseguidos por la represión impuesta por el coronel Fulgencio Batista después de la Revolución de 1933. Durante ese breve paréntesis, los que se marcharon precipitadamente fueron el propio dictador Machado y sus más cercanos acólitos, como era Orestes Ferrara.

Sin duda, el más prominente de todos los exiliados de esta generación fue Julio Antonio Mella, quien arribó a México en 1926, donde organizó la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC) y desplegó una multifacética labor política.²¹ Como se sabe, fue asesinado en la capital mexicana por órdenes de Machado, en 1929. De los numerosos asilados cubanos en México durante los años treinta, podemos citar a Emilio Laurent, Eduardo Chibás, Gabriel Barceló, Enrique de la Osa, Aureliano Sánchez Arango y Juan Marinello: algunos, como Jorge Vivó, Calixta Guiteras y Alberto Ruz Lhuillier, se establecieron en tierra mexicana, donde harían después una notable carrera académica.²²

Un nutrido y combativo exilio generó a su vez la extendida dictadura de Juan Vicente Gómez, que, como en todas partes, se nutrió de diversas concepciones ideológicas, profesiones y edades. En esas circunstancias, tuvieron que abandonar la tierra de Bolívar militares como el capitán Luis Rafael Pimentel o los generales José Rafael Gabaldón, Juan Pablo Peñalosa y Román Delgado Chalbaud, protagonistas de conspiraciones y sublevaciones contra el régimen gome-

¹⁹ Véase el relato de esos acontecimientos en Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, t. 4, Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, 1974. Sobre su vida, véase S. Guerra Vilaboy y G. Rodas Cháves, *Forjadores...*, pp. 145-149.

²⁰ Consúltese Rolando Rodríguez, *Rebelión en la República. Auge y caída de Gerardo Machado*, dos tomos, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2013.

²¹ Amplia información en Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella, una biografía*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2008, p. 197 y ss.

²² Guerra Vilaboy, "Repercusiones...", *loc. cit.*

cista, así como jóvenes estudiantes y profesionistas, muchos de ellos de la llamada Generación de 1928.²³

Al año siguiente se creó en París la Junta de Liberación de Venezuela, con José Rafael Pocaterra y el historiador Rufino Blanco Fombona, autor del mote de Juan *Bisonte* Gómez. Entre los numerosos desterrados estaban también Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Andrés Eloy Blanco, Jovito Villalba, Pío Tamayo y Rómulo Betancourt, por mencionar sólo a los más renombrados.²⁴

Ubicados en poco tiempo en las antípodas políticas, Machado y Betancourt confluyeron momentáneamente en el Partido Revolucionario Venezolano (PRV), fundado en México por el primero, con la muy activa contribución del cubano Julio Antonio Mella. A esa altura, Gustavo Machado, quien llegó a Cuba en 1924, ya había estado presente en la fundación del primer Partido Comunista de la Isla y, junto con su hermano Eduardo, el propio Mella, Rubén Martínez Villena y Francisco Laguado Jaimes, editado el periódico antigomecista *Venezuela Libre*.²⁵

Dos años después de ser expulsado a México en 1926, Machado fue oficial —como su compatriota Carlos Aponte— del Estado Mayor del Ejército de Augusto César Sandino en Nicaragua, antes del breve asilo en tierra mexicana del *General de Hombres Libres* (1929).²⁶ En 1929, junto con Rafael Simón Urbina, dirigió el asalto al fuerte Ámsterdam (Curazao), preludeo de la expedición armada a Venezuela que, con más de dos centenares de exiliados —entre ellos Miguel Otero Silva, Guillermo Prince Lara y el ya mencionado Aponte—, desembarcó ese mismo año por La Vela de Coro, teniendo más tarde que buscar albergue en Colombia.²⁷

En Brasil, la larga marcha de más de 26 mil kilómetros de la invicta columna Prestes (1925-1927), colofón de los levantamientos *tenentis-*

²³ Sobre la Generación del 28, puede consultarse la *Enciclopedia Digital En Caribe*, www.encaribe.org.

²⁴ Véanse sus biografías en *el Diccionario de Historia de Venezuela*, tres tomos, Caracas, Fundación Polar, 1988.

²⁵ R. Rodríguez, *op. cit.*, pp. 119-124.

²⁶ Más datos en Gregorio Selser, *Sandino, general de hombres libres*, t. II, La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1960, p. 45 y ss. Entre los que le acompañaron a México estaban el salvadoreño Agustín Farabundo Martí y el dominicano Gregorio Gilbert, quien ya con anterioridad se había enfrentado a los marines norteamericanos, de lo que dejó constancia en *Mi lucha contra el invasor yanqui de 1916*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1975.

²⁷ *Diccionario de Historia de Venezuela*, *loc. cit.*

tas de 1922 y 1924, empujó a la Argentina, Bolivia y Paraguay a muchos de los militares de esta rebelión, enfilada contra la elitista *República Velha*. La mayoría de la oficialidad *tenentista*, como Juárez Tavora y Siqueira Campos, jugó después un papel protagónico en la llamada Revolución de 1930, que llevó al poder a Getulio Vargas; mientras Luis Carlos Prestes, *el Caballero de la Esperanza*, como le nombró el escritor Jorge Amado —otro exiliado ilustre a principios de los cuarenta—, se radicalizó durante su asilo en Argentina.

En 1935, Prestes dirigió la fracasada sublevación de la Alianza Nacional Libertadora (ALN), que facilitó a Vargas el establecimiento de su *Estado Novo*. A la ola de exiliados brasileños de izquierda, producida por las severas represalias varguistas, se sumaron después los de la derecha integralista, tras ser sofocado el *pustch* fascista de 1938, entre ellos el aspirante a *führer*, Plinio Salgado, y el expresidente Artur Bernardes.²⁸

Estos movimientos de distinto signo ideológico que sacudieron Brasil en la convulsa década de los treinta y provocaron una enorme cantidad de asilados en los países vecinos, tenían de trasfondo los efectos de la depresión económica que por todas partes alentaba movimientos nacionalistas, sublevaciones populares, revueltas campesinas y fallidos intentos revolucionarios. El exilio latinoamericano se nutrió con muchos de los involucrados en esos procesos, como ocurrió en Chile tras abortar en 1932 la efímera “república socialista” del coronel Marmaduke Grove, surgida de las cenizas del gobierno de mano dura del general Carlos Ibáñez, obligado a refugiarse en el exterior.²⁹

En Perú, la oleada de exiliados se inició con anterioridad, tras el establecimiento del régimen personalista de Augusto B. Leguía, de 1919 a 1930, entre cuyas víctimas estaban los líderes estudiantiles Luis E. Heysen, Jacobo Hurwitz, Manuel Seoane, Luis F. Bustamante, Nicolás Terrero y José Carlos Mariátegui. Entre los expatriados de esta generación también figuraban Esteban Pavletich, Luis F. Bustamante y Raúl Haya de la Torre, los cuales hallaron abrigo en Cuba y México.³⁰

²⁸ Véase Alberto Prieto Rozos y Sergio Guerra Vilaboy, *Breve historia de Brasil*, La Habana, Editora Política, 1991, p.165 y ss.

²⁹ Guerra Vilaboy, *Historia mínima...*, p. 361 y ss.; y Manuel Galich, *Mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada*, Guatemala, Fondo Editorial Casa de las Américas/Universidad San Carlos de Guatemala, 2015, p.126.

³⁰ Consúltese a Eugenio Chang-Rodríguez, *Opciones políticas peruanas*, Trujillo-Perú, Editorial Normas Legales, 1987, p. 118 y ss.

En este último país, Haya de la Torre, impactado por la Revolución mexicana, fundó en 1924 la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).³¹ El numeroso exilio peruano se incrementó con los que tuvieron que huir de la carnicería desatada por el coronel Luis M. Sánchez Cerro tras el levantamiento aprista de Trujillo, en julio de 1932.

En otras partes del Cono Sur, el establecimiento de regímenes autoritarios también provocó el desplazamiento de nacionales hacia otros países, como ocurrió en Argentina durante la “década infame”, tras el golpe de Estado militar contra el presidente Hipólito Irigoyen en 1930. Uno de ellos fue el ensayista Aníbal Ponce, exiliado en México en 1936, donde murió dos años después en un accidente automovilístico.³²

La dictadura de Federico Páez en Ecuador forzó, a finales de los treinta, al escritor Benjamín Carrión a expatriarse en Colombia.³³ De ese proceso, no quedó exenta ni la llamada *Suiza de América*, pues durante la dictadura de Gabriel Terra (1931-1938) algunos uruguayos, entre ellos la alta dirigencia batlista, tuvieron que abandonar la patria de Artigas.

Esta penosa etapa del exilio latinoamericano, que puede extenderse hasta las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, se cierra con el arribo de miles de republicanos tras el fin de la Guerra Civil en España (1939). El principal refugio de los exiliados españoles en América Latina fue México, el único país que nunca reconoció la dictadura franquista.

Los republicanos expatriados hallaron un ambiente muy favorable durante el gobierno de Lázaro Cárdenas,³⁴ al igual que en Chile bajo el mandato de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941) del Frente Popular, quien incluso nombró cónsul especial en París —para atender a estos exiliados— al poeta Pablo Neruda. Hubo asilados españoles en prácticamente todas las repúblicas latinoamericanas, aunque en muchas de

³¹ Véase Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA*, Lima, Editorial Monterrico, 1986, p. 92. También puede consultarse a Pablo Yankelevich, “La Revolución mexicana en el debate político latinoamericano: Ingenieros, Palacios, Haya de la Torre y Mariátegui”, en *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, México, UNAM, año XIX, mayo-junio de 2005, núm. 111.

³² Sobre Aníbal Ponce, véase Guerra Vilaboy, *Cinco siglos de historiografía latinoamericana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009, pp.153-158.

³³ Consúltese a Agustín Cueva, “Ecuador: 1925-1975”, en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina, historia de medio siglo. 1. América del Sur*, México, Siglo XXI Editores, 1977, pp. 301 y 302.

³⁴ Véase Eugenia Meyer (coord. gral. de la serie), *Palabras del exilio I. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, 5 vols., México, INAH/Librería Madero, 1980-1988.

ellas, como en Argentina, Venezuela, Colombia, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, las condiciones no les eran tan propicias.

Hay que decir que los numerosos *trasterrados* españoles, como se autodefinió el filósofo José Gaos, hicieron apreciables aportaciones culturales, científicas y educativas a nuestro continente. Su mayor impronta la dejaron en México, donde encontraron un terreno fértil para desarrollar sus labores, gracias a la generosa acogida del gobierno cardenista, que fundó la Casa de España en México (1938-1940), antecesora de El Colegio de México, y donde surgieron la revista *España Peregrina* y la editorial Séneca. Entre esos exiliados, regados por todo el hemisferio, estaban figuras consagradas, como Luis Buñuel, María Zambrano, Ramón Iglesia, Max Aub, Rafael Alberti, Manuel de Falla, Pablo Casals, Américo Castro, Severo Ochoa, Herminio Almendros, Manuel Altolaguirre, Wenceslao Roces, Claudio Sánchez Albornoz y Juan David García Bacca.

Incluso algunos republicanos españoles fueron a cobijarse bajo la temible dictadura de Rafael Leónidas Trujillo, que pretendía maquillar su desprestigiado régimen, hacer negocios con los permisos de internación y blanquear la población de la Isla.³⁵ En poco tiempo, los exiliados descubrieron el verdadero rostro del sátrapa dominicano y escaparon a países cercanos, aunque dos de ellos, el vasco Jesús de Galíndez y el gallego José Almoína, pagaron con su vida, en 1956 y 1960 respectivamente, los servicios al déspota.³⁶

LOS EXILIADOS DE LAS FRUSTRACIONES DEMOCRÁTICAS Y LA GUERRA FRÍA

El fin de la Segunda Guerra Mundial y el clima antifascista que le acompañó facilitaron la sucesiva caída de dictaduras y regímenes autoritarios en América Latina, así como una apertura democrática

³⁵ Más información en Natalia González Tejera, *Exiliados españoles en República Dominicana, 1939-1943: descripción y análisis socio-económico y demográfico*, Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2012.

³⁶ Más detalles en Franklin Franco Pichardo, *Historia del pueblo dominicano*, Santo Domingo, R.D, Editorial Mediabyte, 2009, pp. 541-543; Eliades Acosta Matos, *La telaraña cubana de Trujillo*, t. 2, Santo Domingo, AGN, 2012, pp. 448 y 452-456, 483 y 537-540; y Salvador E. Morales Pérez, *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*, Santo Domingo, AGN, 2009.

que permitió el regreso de los exiliados a sus países de origen. Ese ambiente duró poco, pues la Guerra Fría comenzó a erosionar desde fines de los cuarenta la efímera democratización y liquidó, a mediados de los cincuenta, los procesos de cambios generados por gobiernos nacionalistas y revoluciones populares.

En 1948, sendos golpes de Estado militares derrocaron a los presidentes José Luis Bustamante y Rivero en Perú y Rómulo Gallegos en Venezuela; el primero para impedir el acceso al poder del APRA y el segundo para desalojar del mismo al partido Acción Democrática. Las dictaduras de Manuel Odría en Perú (1948-1956) y de los militares venezolanos (1948-1958), encabezados por Marcos Pérez Jiménez, obligaron a huir a muchos opositores y a los propios líderes.³⁷

Nos referimos a los adecos Gallegos y Betancourt, radicados en La Habana, y al aprista Haya de la Torre, quien primero purgó un asilo de cinco años en la Embajada de Colombia en Lima antes de poder ir al exterior. Algunos de los perseguidos, como el poeta peruano Gustavo Valcárcel, se refugiaron en México, mientras otros lo hicieron en la tierra del quetzal, aprovechando los diez años de primavera de la Revolución guatemalteca; entre éstos, los fundadores de la revista *Istmania*, los peruanos Andrés Townsend, Guillermo Vegas León y Jorge Raygada.³⁸

En 1948 se produjo en Chile el sorpresivo viraje del presidente Gabriel González Videla, quien tras ganar las elecciones en 1946, gracias a su alianza con el Partido Comunista, desencadenó la represión contra los miembros de esa organización y otras fuerzas democráticas, obligados al destierro para evadir el campo de concentración en Pisagua. Sin duda el exiliado más connotado fue el poeta y senador comunista Pablo Neruda, quien tuvo que cruzar la cordillera andina para pasar a la Argentina.

Tres guerras civiles casi simultáneas, entre 1947 y 1948, empujaron al exterior a miles de personas en Paraguay, Costa Rica y Colombia. En el caso paraguayo, este proceso comenzó con el desplazamiento a la Argentina de liberales, febreristas y comunistas —como los poetas Hérib Campos Servera, Epifanio Méndez y Elvio Romero, el compositor José Asunción Flores, así como el novelista Augusto Roa

³⁷ M. Galich, *op. cit.*, pp. 117-120.

³⁸ *Ibid.*, pp. 121 y 124.

Bastos—,³⁹ y continuó después de mayo de 1954 con los que huían de la dictadura de Alfredo Stroessner.⁴⁰ Por su parte, los colombianos que se exiliaban en Venezuela y otros países huían de la violencia desatada por el bogotazo (1948), que abrió un conflicto fratricida que perdura hasta hoy.

La Guerra Civil de Costa Rica también arrojó a los vencidos fuera de sus fronteras, entre ellos a los comunistas liderados por Manuel Mora Valverde y los expresidentes Teodoro Picado y Rafael Ángel Calderón Guardia, estos dos últimos guarnecidos en la Nicaragua de Somoza. Aunque la estabilidad posterior del gobierno de José Figueres —quien desde 1942 había estado también exiliado en México— permitió el asentamiento en tierra tica de asilados de otros países, entre ellos luchadores contra las añejas tiranías de Trujillo y Somoza —como Pedro Joaquín Chamorro y su esposa Violeta (1957)—, además de adversarios de las dictaduras emergentes de Batista en Cuba, Pérez Jiménez en Venezuela, Gustavo Rojas Pinillas en Colombia y el coronel Paul Magloire en Haití, antesala del terrorífico reinado de los Duvalier.⁴¹

Todas ellas forzaron a miles de opositores a abandonar sus respectivas patrias, por lo que el exilio latinoamericano creció y se diversificó como nunca antes, a lo que también contribuyó la presencia de asilados antiperonistas, como Américo Ghioldi, comprometido con la fracasada rebelión militar de 1951 en Argentina. La caída del gobierno de Juan Domingo Perón cuatro años después provocó el éxodo de muchos de sus partidarios, incluido el propio presidente depuesto, lanzado a su vez a un prolongado exilio de dieciocho años, amparado curiosamente por los dictadores de Paraguay, República Dominicana, Venezuela y España.

Por su parte, los exiliados dominicanos organizaron la lucha armada contra Trujillo en Cuba y Guatemala, que tuvo en el escritor Juan Bosch, radicado en la mayor de las Antillas desde 1939 —donde fundó con Juan Isidro Jiménez Grullón el Partido Revolucionario Dominicano

³⁹ Véase Antonio Pecci, *Roa Bastos, vida, obra y pensamiento*, Asunción, ServiLibro, 2007, p. 25 y ss.

⁴⁰ Víctor-Jacinto Flecha, *Breve historia del Paraguay*, Asunción, FONDEC, 2012, p. 205 y ss.

⁴¹ Puede consultarse de Guy Duval, “El exilio haitiano en México”, en Carlos Véjar, *loc. cit.*, p. 120.

(PRD)—, a uno de sus adalides.⁴² Las dos expediciones más importantes, antes de Constanza, Maimón y Estero Hondo en 1959, fueron las de Cayo Confites, frustrada en 1947, y la que resultó aniquilada en la bahía de Luperón dos años después.⁴³ Uno de sus líderes era Juan Rodríguez García, y entre los enrolados en la de Cayo Confites descolaban Enrique Cotubanamá Henríquez, el poeta Pedro Mir y el dirigente sindical Mauricio Báez, desaparecido en La Habana por sicarios de Trujillo en 1950, cuyo cuerpo nunca fue hallado.⁴⁴

La invasión militar del coronel Carlos Castillo Armas en 1954, contra la Revolución guatemalteca, fraguada por la recién creada Agencia Central de Inteligencia (CIA) norteamericana, no sólo obligó al exilio al derrocado presidente Jacobo Árbenz y a su antecesor Juan José Arévalo, sino también a muchos oficiales, políticos y militantes revolucionarios, entre ellos el poeta Luis Cardoza y Aragón y el escritor Augusto Monterroso, los coroneles Carlos Paz Tejada, Carlos Enrique Díaz y Terencio Guillén, y líderes comunistas, como José Manuel Fortuny y Edelberto Torres Rivas, junto a los exministros Enrique Muñoz Meany, Mario Monteforte Toledo, Raúl Osegueda, Alfonso Bauer Paiz, Guillermo Toriello y Manuel Galich. Casi todos —incluidos algunos latinoamericanos— radicados en Guatemala, como el argentino Ernesto Guevara, la peruana Hilda Gadea; y cubanos, como el moncadista Antonio, Ñico, López, junto a los comunistas Jorge Risquet y el poeta Nicolás Guillén, recibieron refugio en México, cuyo gobierno otorgó asilo a varios centenares de personas.⁴⁵

En Bolivia, que había tenido entre sus exiliados más célebres al trotskista Tristán Marof, quien debió vivir fuera de su país de 1927 a 1937,⁴⁶ el asesinato del presidente Gualberto Villarroel, en junio de 1946, desató una fuerte persecución contra sus simpatizantes y los del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Uno de ellos fue Víctor Paz Estessoro, asilado en Argentina, desde donde regresó

⁴² Véase de Luis Céspedes (comp.), *Juan Bosch en Cuba*, [Santo Domingo], FUNGLODE/Cátedra Juan Bosch de la Universidad de La Habana, [2009].

⁴³ Más información en Humberto Vázquez García, *La expedición de Cayo Confites*, Santo Domingo, AGN/Editorial Oriente, 2014; y Piero Gleijeses, *La esperanza desgarrada. La rebelión dominicana de 1965 y la invasión norteamericana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2011.

⁴⁴ Acosta Matos, *op.cit.*, t. 2, p. 570.

⁴⁵ Consúltese Gleijeses, *La esperanza destrozada. La Revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004; y Guerra Vilaboy, *Luchas sociales y partidos políticos en Guatemala*, La Habana, Universidad de La Habana, 1985.

⁴⁶ Guerra Vilaboy y Rodas Cháves, *Forjadores...*, *loc. cit.*, p. 173.

en abril de 1952 para hacerse cargo del gobierno tras el triunfo de la primera Revolución boliviana.⁴⁷

A esta etapa corresponde también el exilio generado por el golpe militar de Batista en Cuba, en marzo de 1952, comenzado por el derrocado presidente Carlos Prío, miembros de su gabinete y de la dirección del Partido Auténtico, que incluía a renombrados políticos latinoamericanos guarnecidos en La Habana, como Betancourt y Bosch. Como es bien conocido, Fidel Castro y los jóvenes asaltantes al Cuartel Moncada en 1953, después de ser liberados de la prisión en Isla de Pinos (1955), encontraron su principal refugio en México, donde pudieron vertebrar la legendaria expedición del *Granma* —a la que contribuyó el comandante republicano español Armando Bayo—, que abriría en la Sierra Maestra la contienda por la liberación nacional.

Durante esos años convulsos, muchos revolucionarios cubanos obtuvieron asilo en varios países de América Latina, entre ellos Costa Rica, Guatemala —hasta la caída de Árbenz— y Venezuela en 1958, tras el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez.⁴⁸ No obstante, al exilio cubano en México correspondió un lugar especial en la historia de la Revolución cubana.

Es justo consignar que bajo la dirección del embajador mexicano Gilberto Bosques —que, siendo representante de su país en Europa, había protegido a centenares de españoles y luchadores antifascistas—,⁴⁹ la sede diplomática de México en La Habana se convirtió desde 1953 en seguro asilo de decenas de revolucionarios cubanos, perseguidos por la dictadura batistiana. Eso explica que, al término de su misión en la Isla en 1964, Bosques fuera arropado por la alta dirigencia de la Revolución cubana.

⁴⁷ Véase Sergio Guerra, Alberto Prieto y Omar Díaz de Arce, *Crónicas latinoamericanas. La región surandina. Chile, Perú y Bolivia*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, p. 148.

⁴⁸ Francisco Pividal Padrón, *El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quiénes lo apoyaron*, Morelia, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996.

⁴⁹ Sobre su gestión como embajador en La Habana, puede consultarse su propio testimonio en *Gilberto Bosques. Cuba, 1953-1964*, notas introductorias de José María Muriá y Sergio Guerra Vilaboy, México, Graciela de Garay (ed.), El Colegio de Jalisco, 2007. Véase también Leticia Bobadilla (coord.), *Los diplomáticos mexicanos y la Guerra Fría. Memoria e historia, 1947-1989*, México, SRE/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2009.